

por ejemplo, Marguerite Moreno. En las películas de Sacha Guitry a veces se ponía a decir cosas en un castellano perfecto. Entonces yo no sabía que había sido la gran amiga de Colette ni nada. Después, mucho después, me enteré de que su abuela era de Cádiz, ¿entiendes? Conservó el nombre Moreno por cariño a su madre.

*—Habíamos quedado en que naciste en Málaga y te educaste en Tánger.*

Sí, a los 15 días me llevaron a Tánger. Era en 1925. Y en Tánger estudié y me eduqué.

El eco de los acontecimientos políticos y sociales de España resonaban en Tánger de manera especial. Mi padre había quedado entre dos fuegos. Era muy amigo de Manuel Azaña, el presidente de la Segunda República, y en 1936 fue subgobernador de La Moneda. Mi padre y Azaña y todos esos republicanos no se daban cuenta de que en el gobierno del Frente Popular —esto jamás se ha dicho— por lo menos la mitad de los integrantes no eran demócratas. Eran revolucionarios. Vivían como demócratas pero España era un país con problemas sociales gravísimos; en algunas regiones de Andalucía había una miseria enorme. Como había dicho Rosa Luxembourg, «era el país más adecuado para un nuevo comunismo». Pero Rosa Luxembourg olvidaba que por encima de todo el comunismo estaba el clero español que era to-do-po-de-ro-so. El catolicismo en España fue y sigue siendo muy poderoso. Más que en otros países, para desgracia del catolicismo.

Cuando estalla la guerra, mi padre se niega a que se lleven el oro a Moscú. Pensaba que esos muertos de hambre se lo iban a comer enseguida. Si tan sólo se hubiera mandado a Suiza... El ex presidente Azaña muere abandonado y triste, en Montauban. Mi padre estaba con él. Y el maestro de mi padre, Antonio Flores de Lemus, se va a París donde muere en la soledad. Mi padre, utilizando el pasaporte de Azaña, retorna a Tánger. Antes de morir, Azaña le había dicho —y esta frase me ha marcado—: «Sanz, la España que usted y yo democrática hemos querido, está siendo destruida por los unos y los otros». Mi padre quedó entonces entre dos fuegos. Retomó su cargo en el Banco de España e incluso llegó a ser director de la sucursal de Tánger. Pero se apartó de la sociedad. Estuvo años sin hablar: del despacho a su casa y de su casa al despacho. Me resulta difícil explicarte el ambiente de mi casa. Me sentía marginado como homosexual, marginado en política y marginado en cultura. Pero esta marginación no me acomplejó; me sentía muy

orgullosos de ser diferentes. El cine y la lectura fueron para mí las formas más perfectas de evasión. Afortunadamente para nosotros, cuando Tánger es ocupado por las tropas de Franco, el Alto Comisario de Marruecos, que fue un hombre muy civilizado, no impuso los principios de Franco con toda la fuerza que exigían. Consideró que los padres franciscanos, que se ocupaban de la educación, eran muy atrasados, e hizo venir a los marianistas. Yo que no soy clerical, reconozco que tuvimos un bachillerato en el cual estaba prohibido hablar de política. Había chicos refugiados de un lado y chicos refugiados del otro lado. Y nunca hubo problemas.

Gracias a mi *hobby*, me convertí en aquél que establecía qué películas podían ver los chicos internos de los marianistas. Por ejemplo, recomendaba que vieran los filmes de Hitchcock: *Los 39 escalones*, *La dama desaparece*, *La posada de Jamaica*, más tarde *Rebeca*. Y los filmes de John Ford y de King Vidor. Y por supuesto, el cine de Francia, que siempre tuvo un prestigio muy grande. Sacha Guitry, que de muchacho no me gustaba pero tenía *prestige*, Jean Renoir, René Clair... Cuando leo las memorias de Victoria Ocampo me siento muy identificado con el mundo argentino que describe, porque es muy parecido al de Tánger.

—*O sea que te quedaste en Tánger y te recibiste de abogado.*

No, la carrera universitaria la cursé en Madrid,

—*Según tengo entendido ejerciste muy poco la profesión...*

Pues la ejercí nada. Estudié en Madrid y en ese entonces el mundo universitario estaba dividido en monárquico y falangista. Como comprenderás, yo no era ni lo uno ni lo otro. Al recibir el premio extraordinario en reválida de bachiller —me examiné en Ceuta— uno de los profesores recomendó mi padre que me instalara en una nueva residencia que era la maravilla de las maravillas. Era un poco cara para mi padre, pero se trataba nada menos que del naciente Opus Dei. Conocí y traté al Padre Escrivá. Y que el Padre Escrivá sea santo es algo que me produce escalofríos.

Quise seguir la carrera diplomática y como en el consulado se hacía un informe sobre todos los que vivíamos en el extranjero —todavía conservo ese informe— se dijo que mi padre era rojo, cuando de rojo no te

nía nada. Era lo que hoy en día sería uno del PSOE. Y el hijo también tenía que ser rojo. Nunca he olvidado un artículo de mi padre, que publicaron en Ginebra en 1939, donde decía que el fascismo y el comunismo son las dos caras de la misma moneda.

*—Es lo que siempre pensé pero de muy joven no me atrevía a decir.*

La dictadura, cualquier dictadura, es la negación de la democracia. Así me crié yo. Y en aquellos años te quedas, ¿cómo podría decirlo?, descolorido, sin camisa que ponerte, solitario. Pero un día, andando por la calle Arrenal, descubro una galería de arte muy chiquita, muy elegante por fuera, que se llamaba *Clan*. Tenía en la vitrina una foto dedicada de Luis Buñuel y la verdadera mano que se había utilizado en *El perro andaluz*. Entré en ese sitio mágico y fui bien recibido por los dueños Tomás Seral y su esposa Gloria de Aranda. Mientras tanto me habían echado del Opus Dei —algún día te contaré mi charla con el Padre Escrivá—, y en ese paraíso privado, en en galería me sentí en la gloria.

*—¿En qué año sucedía todo eso?*

En 1945. Y ahí empiezo a conocer a gente como los Saura o Juanito Benet. Y a pintores como Benjamín Palencia y Pancho Cossío que, a diferencia de la mayoría de ellos, no habían emigrado. Y conocí también a Ramón Gómez de la Serna, que había emigrado, pero no del todo. Residía la mayor parte del tiempo en Buenos Aires pero volvía a menudo y visitaba frecuentemente la galería, pues era muy amigo de Tomás Seral. Empecé a descubrir esa otra España que buscaba desde mi más tierna infancia y que aún no he descubierto del todo. Es la tercera España, una tercera España civilizada que ha dado al mundo figuras geniales y universales.

En el mundo hispano se ha dado algo muy raro. Hemos ofrecido a la humanidad figuras importantes cuando teníamos un país con los problemas políticos y sociales peores del mundo. No olvides que con Cervantes ya empieza la decadencia del imperio español: el Siglo de Oro ya anuncia una crisis en España. Como mi padre había estado apartado en Tánger, yo me sentía apartado en Madrid. Hasta el momento en que encuentro ese mundo de élite que me ofrece la galería *Clan* y comienzo a comunicar con el exterior. Por ejemplo, cuando retornan a Madrid un Buñuel u otros así, yo ya sabía quiénes eran. Había visto *Le chien an-*

*dalou* cuando tenía siete años. De niño sabía que había unos cuentos de Pipo y de Pipa, de Salvador Bartolozzi, que eran elegantísimos, que nada tenían que ver con los cuentos que nos hacían leer los curas, que eran feísimos. Sabía que había algunos escritores que no se parecían a los demás. Siempre he ido buscando ese mundo.

—¿Cuándo volviste a Tánger?

Al principio iba y venía. Tuve que hacer el servicio militar aquí. Pero siempre fui la excepción en el peor de los sentidos. Yo no podía salir de Tánger porque tenía edad militar. Y no podía salir de España porque tenía edad militar. Como entre los que estudiábamos la carrera, había dos o tres en las mismas condiciones, teníamos cada uno un papelito aspecial, secreto, que, cuando lo mostrábamos en Algeciras, la policía nos decía: «Pasen ustedes». O sea que hasta en eso estábamos marginados, porque estando en edad militar, tampoco teníamos derecho al pasaporte. Estábamos totalmente marginados pero al mismo tiempo unidos, formando una especie de *Clan*.

—Hablando de *Clan*, ¿qué otra gente pasaba por la galería?

Montones. Por ejemplo la fotógrafa Ingeborg Morath que muchos años después se casaría con Arthur Miller, Mercedes Fórmica, Bebita Bemberg, que se aparecía descalza, una jovencísima Paloma Picasso. Toda esa gente pasaba por España. Ahora se dice que en la época del franquismo nadie pisaba el país. Venía todo el mundo. Lo que pasa es que no se daban a conocer. Por el salón de exposiciones de *Clan* circuló tanta gente... Luego íbamos a comer todos a alguna tasca. Yo estaba metido en todo eso. La gente se decía: «¿De qué vive éste?» Y todavía sigue preguntándose. «Seguramente es un espía, si no, ¿cómo puede conocer a toda esa gente?». Una vez alguien me preguntó cómo podía tratar a tanta gente conocida y la única explicación que le pude dar fue: «Por carambola».

Me sentía en ese mundo como un pez en el agua a pesar de mis contradicciones, que en realidad no eran tales. Porque soy *nervous* y detesto el mundo *gay*, detesto los carnavales que se organizan ahora en este marco. Soy un hombre de izquierdas, pero nunca he sido comunista. No me considero ni superior ni inferior a nadie. Soy, para emplear un término muy argentino, «diferente». Reconozco que soy diferente.